

El modernismo y la crítica

California, U. S. A., 1929.

DON Rufino Blanco Fombona acaba de publicar su libro *El Modernismo y los poetas modernistas* (Madrid, 1929). Divide su obra el Sr. Blanco Fombona en los siguientes capítulos: el Modernismo, los Precursores, los Iniciadores, Cuatro ases del Modernismo, Dos Poetas heroicos y Otros Poetas. El libro en general está bien orientado, como de quien conoce a fondo el movimiento y a sus principales cultivadores. Diremos más, es éste el mejor libro que conocemos acerca de estos escritores, ya que los otros, los de Cansinos-Assens, González Blanco, V. García Calderón, Manuel Machado, J. Cejador, pecan de difusos, vagos, insinceros. El libro de Isaac Goldberg refleja juicios críticos de segunda mano y el estudio de R. D. Silva Uzcátegui, premiado por la Academia Española, es un catálogo de necedades y de lugares comunes tomados del Dr. Nordau, pobre señor de ridículas hechuras. Quedan algunos estudios, particularmente los de Díez Canedo, Henríquez Ureña, Lauxar, García Godoy, de más valor. El trabajo de Edwin Mapes sobre Darío exagera la plana en el estudio de las influencias francesas.

El Sr. Blanco Fombona conoció personalmente a la mayor parte de los poetas del Modernismo; sin embargo su libro no está hecho a base de recuerdos personales sino que ensaya definiciones, análisis, crítica estética verdadera. El mérito mayor del libro no reside en la parte doctrinal sino en un estilo flúido, fácil, de poeta y de hombre apasionado. Grandes odios y grandes afectos determinan la obra de Rufino Blanco Fombona. Odia a muerte a los Estados Unidos, a Juan Vicente Gómez y a Andrés Mata; con menos intensidad a Leopoldo Lugones, a Mitre y a unos cuantos escritores que se le han opuesto en su camino. Admira profundamente a Bolívar, a José Vasconcelos, a F. García Calderón y a todos los grandes amantes de la libertad. Este apasionamiento le hace ser a veces mal crítico literario, crítico temperamental, injusto en ocasiones. Así dirá que Díaz Mirón fué un gran carácter cuando el admirable autor de *Lascas* no pasó de ser un matón y un ególatra desenfre-
nado; afirma que

una casa editora rica de los Estados Unidos le propuso condiciones económicas, excesivamente lisonjeras para la publicación de sus obras completas, y Díaz Mirón no aceptó.

Lo cual es inexacto. Ninguna casa editora americana ofrece nada a ningún poeta, menos en lengua extranjera. Los poetas norteamericanos, con contadas excepciones, tienen que pagar sus propias ediciones; Díaz Mirón nunca fué conocido en este país y si es verdad que se hizo una edición fraudulenta de sus versos ésta resultó un fracaso económico. Blanco Fombona se refiere a *Poesías*, New York, 1895, Benton & C°. Y el responsable de la edición fué, según Blanco Fombona, César Zumeta. Yo no se cómo el Sr. Zumeta pudo inducir a Benton & C°. a hacer tal libro, pésimamente presentado, y que contiene unos cuantos poemas muy deficientes.

Los capítulos dedicados a Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, del Casal y Silva nos parecen muy bien. No nos parece tan bien, sin embargo, que el autor dé tanta importancia a los *Nocturnos* de Silva y los considere inspirados en el amor de su hermana Elvira. La verdad artística es una verdad ideal y Silva pudo poner en sus *Nocturnos* emociones y sensaciones de muy distinto origen. Las páginas dedicadas a Rubén Darío desmerecen un tanto. En 1925, yo pedí a Blanco Fombona unas cuantas líneas que me explicaran su amistad con el gran poeta; él, muy gentilmente, escribió tres artículos en *El Sol* de Madrid que tuvo la delicadeza de dedicarme. Ahora aparecen en este libro. En estos artículos sólo se refiere a recuerdos y da unos cuantos detalles acerca de la vida de Rubén. El poeta nicaragüense necesita un estudio total, definitivo. Lo esperamos para otra ocasión.

El ensayo dedicado a Julio Herrera y Reissig es admirable de comprensión y afecto. Igual el de Valencia. Digno de aplauso es el recuerdo que hace del injustamente olvidado Leopoldo Díaz. En el capítulo sobre Nervo hallamos lo siguiente:

Como Peter Altenberg en Austria, Bécquer en España y Eguren en el Perú, procura Amado Nervo prescindir de todo follaje retórico y decir la mayor cantidad de cosas en las menos palabras posibles. Además, decirlo del modo más llano y asequible.

En esto no estamos de acuerdo con el crítico venezolano; Nervo es en verdad un poeta fácil y concretador pero Eguren es para nosotros un poeta retórico, barroco y de símbolos e imágenes sumamente difíciles, acaso el poeta más difícil en América. En el mismo capítulo dice que «Huysman es bueno como estilista, mediocrísimo como cerebro». Claro está que en

cuestiones de gusto nadie puede imponer reglas pero para mí el autor de *La Cathédrale* posee un formidable talento literario y en su facultad de descripción no le sobrepasa nadie. Por lo demás Oscar Wilde, a quien Blanco Fombona parece admirar, fué uno de los discípulos de Joris-Karl.

Estamos en desacuerdo absoluto con las opiniones de Blanco Fombona sobre Chocano. Para nosotros el poeta peruano es sólo una especie de virtuoso del verso. Carece en absoluto de refinamiento artístico y su interpretación del paisaje americano es más fotográfica que estética. Blanco Fombona no está muy seguro de su alta opinión porque a vueltas de llamarle «egregio portalira», «el más americano de los poetas de su generación», «¡qué poetazo!», «un gran poeta», dice:

¡qué mal gusto! Mal gusto increíble: una retórica estruendosa del peor victorhuguismo; una abundancia que ignora la podadera; una ignorancia ingenua, enciclopédica; un despulmonarse al sonar enorme trompa anacrónica.

Ahora si le seguimos. Chocano es un poeta que debió haber vivido allá por fines del siglo XVIII para regocijo de los admiradores de Quintana y Gallego. ¡Pero ahora, al lado de Darío, de Herrera y Reissig, de Eguren, nos resulta un anacronismo! Para Blanco Fombona es Chocano el pollo del pato incubado por la gallina, que se tira al agua con asombro de la familia, con un escándalo maternal de gallinas, que diría Lugones. Si no fuera demasiada crueldad yo pondría cisne donde dice gallina. Blanco Fombona encuentra justificado el verso del autor de *Fiat Lux*:

Walt Whitman tiene el Norte; pero yo tengo el Sur,

que revela una egolatría sin límites y una ignorancia completa del autor de *Leaves of Grass*, poeta libérrimo que nunca inclinó el cuello bajo los cascabeles de la rima ni lo puso bajo la pata de los tiranos. Whitman usó siempre el verso libre y despreciaba la tiranía del acento obligado, en tanto que Chocano sigue la senda por donde han ido los rimadores que en el mundo han sido. ¿Que Chocano ha escrito hermosos versos? Claro está. Pero también los han escrito y muy bellos el Sr. Villaespesa, el Sr. Carrere y nadie ha llamado a éstos «poetazos».

Encontramos el anverso de la medalla en el estudio consagrado a don Leopoldo Lugones. Debemos empezar diciendo que aunque no estamos de acuerdo con las doctrinas políticas del escritor argentino, reconocemos en él un talento verdadero. Pasa con Lugones lo contrario de lo que pasa con Chocano:

siendo un poeta exquisito ha escrito centenares de versos detestables. Blanco Fombona le llama «orador poético», «poeta a gritos», «mal pintor de paisajes», etc.; afirma que

carece, por lo común, de exquisitez emocional, conceptual y aún verbal. Aunque él suponga otra cosa cuando madrigaliza y piruetea con la poca gracia de un elefante que bailase lleno de pretensiones de libélula.

Lo de la emoción es siempre relativo y a veces un mal poeta puede tener más delicadeza emocional que un gran creador, pero de exquisitez verbal no carece quien ha escrito el *Elogio de las rosas* y cien sonetos que son una maravilla de forma. Dice Blanco Fombona que las características de la literatura que él llama «mulata» y cuyos representantes son

dos contemporáneos nuestros: el argentino Leopoldo Lugones entre los poetas buenos y el venezolano Andrés Mata entre los malos, «consisten» en la total ausencia de sinceridad, en la imposibilidad de ver claro lo que existe y exponerle con llaneza.

¿No podrían achacarse estos mismos defectos al Góngora de *Las Soledades* y de *Polifemo*? Las mismas palabras que usa Blanco Fombona para criticar al poeta argentino han sido usadas como elogio hablando de Góngora:

En vez de pensamiento, lluvia de metáforas. Además, altisonancia, énfasis, petulancia, suficiencia, juicios del instinto y no del razonamiento, incontinencia verbal, barroquismo, afán de deslumbrar por imágenes rebuscadas y con verbo estruendoso.

Blanco Fombona cree que esta estrofa de Lugones:

Por la puerta
asomaron racimos de glicinas
y llegó de la huerta
un maternal escándalo de gallinas...

está calcada sobre ésta de Herrera y Reissig:

Acá y allá maniobra después con un plumero
mientras por una puerta que da a la sacristía,
irrumpe la ruidosa turba del gallinero.

El mérito de la estrofa lugoniana estriba en lo plástico y lo atrevido de la imagen «un maternal escándalo de gallinas» y en su regocijado humorismo. Nadie tiene el monopolio de las gallinas en un cuadro aldeano y lo personal aquí no reside en el objeto sino en la imagen. Cita el crítico venezolano otros cuan-

tos ejemplos de «influencias directas» pero en todos ellos estamos en absoluto desacuerdo con él. Es verdad, empero, que las técnicas de Víctor Hugo, de Laforgue, de Pascoli han determinado diferentes períodos en la obra de Lugones pero no hay derecho a llamarle plagiarlo por esto. Lo que nadie ha notado todavía es la influencia palpable de Edgar Poe sobre Lugones, en *Las Montañas del oro*. Para Blanco Fombona el poeta argentino «carece en absoluto de personalidad». Nosotros creemos que tiene una personalidad un tanto dúctil y que las lecturas de sus autores favoritos se echan de ver en su obra. Su paso del socialismo a un nacionalismo agresivo no tiene nada de raro en estos días de inestabilidad filosófica y Lugones es hijo de su siglo. Por lo demás, demuestra tener una fuerte personalidad al discutir de hombre a hombre sus opiniones con escritores tan violentos como Araquistain y Vasconcelos, y cuando las simpatías de todos los intelectuales del continente están en favor de sus adversarios. Blanco Fombona ha asegurado siempre que Lugones imitó a Herrera y Reissig en una serie de sonetos hoy famosos; no tiene pruebas concretas en el asunto. Por el contrario, el novelista Horacio Quiroga demuestra que los *Doce gozos* de Lugones, pieza de litigio en el presente caso, vieron la luz pública a comienzos de 1898, en la revista *La Quincena*. El primer soneto de Herrera y Reissig en este estilo está fechado en 1900. Por lo tanto es posible que Herrera haya tomado a Lugones como ejemplo. Y tanto es así que Quiroga asegura que él y Herrera se aprendieron de memoria los versos de *Los Doce Gozos* y que ambos empezaron a imitar al poeta de *La Nación*. La prioridad de Lugones queda como cosa probada según testimonio del Sr. José Pereira y Rodríguez en el *Repertorio Americano*. Dice así el Sr. Pereira:

Blanco Fombona fundamentaba sus apreciaciones en el dato erróneo de la publicación en 1905 de *Los crepúsculos del jardín*. Aduje entonces, allá por 1914, que Herrera y Reissig, inició la composición de las *Eglogánimas* y de las *Eufocordias* después de conocer sonetos de forma idéntica, burilados por Lugones. Había que probar la afirmación, y así lo hice, declarando que cuando Lugones, en marzo de 1901, visitó Montevideo como delegado argentino ante el Congreso Científico-Americano, el grupo literario del *Consistorio del Gay Saber* le solicitó que impresionara algunos de sus sonetos en un cilindro fonográfico. El poeta argentino accedió al pedido, y en la casa de Garesse y Crispo, existente entonces en Montevideo, en la calle Ituzaingó, entre Rincón y 25 de Mayo, dejó impresos cinco sonetos de los que publiqué tres en mi folleto juvenil: *Una audacia de Rufino Blanco Fombona*.

No conozco al Sr. Pereira pero acepto sus palabras. Por lo demás lo de Quiroga nos parece suficiente para asegurar que Herrera y Reissig siguió al autor de *Los Doce Gozos* y no me

explico por qué el Sr. Blanco Fombona se obstina en asegurar lo contrario.

El Sr. Lugones ha observado una actitud muy digna con su silencio, ya que pudo probar la prioridad de sus sonetos con dos palabras. Si Herrera y Reissig hubiera vivido unos años más, acaso hubiese declarado públicamente la verdad de las cosas. ¿Necesitaremos asegurar que preferimos los sonetos de Herrera a los de Lugones para no sentar opinión de parciales? Con el capítulo sobre Lugones debió terminar el libro que nos ocupa. Dos páginas dedicadas al análisis de Jaimes Freyre resultan inadecuadas; luego hay poco más de media página consagrada a Fabio Fiallo y casi tres a Alberto Ghirardo. Termina el libro con las cuatro páginas acerca de González Martínez, poeta que merece mucho más espacio por la gran influencia que ha tenido entre los jóvenes de América.

Antes de terminar, debo detenerme en dos puntos. Dice Blanco Fombona que

Pedro Antonio González es el único poeta modernista de Chile digno de mención y que es uno de los muchos discípulos de Rubén Darío, aunque en Chile se le crea personalidad muy cimera.

En primer lugar, González no es el único poeta modernista digno del nombre; hay otros superiores: Julio Vicuña Cifuentes, Carlos Pezoa Velis, Manuel Magallanes Moure y Max Jara. En segundo lugar la crítica contemporánea no tiene en gran estima al cantor de *Ritmos*. Claro está que cierta clase de crítica que cree en la obra de poetillas insignificantes como Daniel de la Vega, Francisco Contreras, etc., se ocupa de vez en cuando de González... pero a esos no hay que tomarlos en cuenta. Por lo demás la crítica oficial chilena parece monopolio de sacerdotes.

A los chilenos—dice Blanco Fombona—les produjo siempre mucha gracia que en Colombia, por ejemplo, hubiese tanta literatura de imaginación. Y a los burdos chistes montañeros la Naturaleza contestaba dejando a los chilenos amarridos: ningún poeta.

Las cosas han cambiado desde entonces, pues si Colombia tiene hoy escritores de la talla de Valencia, L. Carlos López y J. E. Rivera, Chile no le va en zaga con Pedro Prado, Gabriela Mistral, Manuel Rojas, Max Jara, Magallanes Moure, d'Halmar, Pablo Neruda, Baldomero Lillo, J. Díaz Garcés, etc. El mismo Blanco Fombona parece admirar en alto grado la poesía de nuestro compatriota Vicente Huidobro, que a nosotros, dicho sea en honor de verdad, nos produce unos deseos enormes de reír.

El otro punto que queremos comentar es éste: dice el Sr. Blanco Fombona:

Se puede ser escritor criollo, americano, de dos maneras: o creando técnicas nuevas, en vez de seguir carnerilmente las europeas, como han hecho en verso Huidobro y en pintura Diego Rivera, o insuflando espíritu propio, personal y de raza a las técnicas de Europa, como han hecho tantos, entre otros y en algunas de sus obras, los mexicanos Xavier de Villaurrutia y Carlos Pellicer.

No es éste el lugar de ocuparse del arte barroco de Diego Rivera que, dicho sea de paso, no está tan libre de antecedentes europeos como cree al crítico venezolano; pero sí nos parece absurdo hablar de arte americano en relación con la poesía de Huidobro, que no pasa de ser un comentador de ciertos poetillas alemanes de la última cosecha. Yo creo que Huidobro debe reírse a solas de la ingenuidad de sus discípulos y de los críticos que le llaman «creador de escuela» porque, siendo chileno, debe poseer un humorismo muy regocijado. Hombre listo sí lo es y como tal su autocrítica debe ser bastante severa. Lo mismo puede decirse de Villaurrutia y Pellicer, poetas que comienzan y que oscilan entre la imitación europea y un esfuerzo aún no logrado por crear arte autóctono. Mejor ejemplo sería la obra de López Velarde en México. Y aquí ponemos punto final a esta reseña. ¿Restan valor a la obra del Sr. Blanco Fombona nuestros abundantes reparos? Si así lo creyésemos no habríamos escrito el artículo presente. Antes por el contrario, opinamos que un espíritu justiciero como es este escritor, está llamado a establecer valores, a derribar de su pedestal a los mediocres y a ensalzar a los verdaderos poetas. Creemos además que Blanco Fombona, con más documentación y menos apasionamiento, podría ser el crítico oficial de esta escuela. El señala para esta labor a Díez Canedo y a Pedro Henríquez Ureña, críticos de obra fragmentaria que no llegarán nunca a darnos un cuadro completo del Modernismo. Tampoco poseen el estilo inquieto y fogoso del escritor venezolano.

El Modernismo y los poetas modernistas debería servir de ejemplo a los jóvenes estudiosos de nuestra América, demasiado ocupados en buscar por literaturas extranjeras al novelista de moda o al poeta de última hora para comentarlos luego en colosales ditirambos.—ARTURO TORRES RIOSECO.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.